

Actualidad de Karl Polanyi*

JEAN-LOUIS LAVILLE

La importancia actual de la obra de Karl Polanyi se relaciona con su enfoque institucional de la economía. Por economía se designa la satisfacción de las necesidades humanas que supone la interacción entre los seres humanos y con el medio natural y es el objeto de una conformación por las instituciones en cada sociedad.

Polanyi, Marx y Weber

Según él, el análisis científico debe apoyarse en las relaciones entre economía y sociedad. En eso coincide con Max Weber, pero refuta la idea del carácter ineluctable de la racionalización formal de la existencia social así como del desencantamiento del mundo. Su posición epistemológica recurre entonces a la historia, lo que lo aproxima a los economistas heterodoxos y a Karl Marx, del cual rechaza la orientación materialista y las interpretaciones deterministas. En resumen, Polanyi pone el acento sobre la transformación recíproca de las instituciones y los individuos, lo que explica su atención a los “procesos de institucionalización de la democracia económica”. Aunque tomando distancia a la vez del pesimismo resignado de Weber y del voluntarismo mesiánico de Marx, Polanyi nos proporciona, a semejanza de esos autores, una de las principales teorizaciones de envergadura en las ciencias sociales,

* Este trabajo toma algunos elementos de “Polanyi y la economía social y solidaria en América Latina”, incluido en Alain Caillé, Jean-Louis Laville, Cyrille Ferraton y José Luis Coraggio (org.), *¿Qué es lo económico? Materiales para un debate necesario contra el fatalismo*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS, 2009.

nutrida de inquietud respecto a las tentaciones autoritarias y de esperanza en la potencialidad de democratización.

Es por tanto más importante hoy dado que muchos de sus desarrollos en los textos que siguen van al encuentro de ideas contemporáneas.

Así, su trabajo sobre Grecia subraya que la emergencia del mercado y la invención de la democracia no están vinculadas. Al contrario de lo que se ha venido repitiendo durante las últimas décadas del siglo xx, la extensión del mercado y de la democracia no proceden de un mismo movimiento y el relato que insiste en la relación entre las dos es ideológico.

Su avance comparativo constituye así una reacción contra el etnocentrismo que estipula que todos los mercados que han existido han surgido de un accionar racional orientado a la maximización del beneficio. Según Polanyi, tal racionalización oculta la diferencia entre los mercados sometidos a reglas institucionalizadas y relegadas a ciertos dominios de actividad, y una organización propia a la modernidad que es el sistema de mercado, en el cual la afectación de los recursos obedece a una lógica capitalista y los mercados son articulados entre sí de forma de constituir una esfera dotada de propiedades autorreguladoras. Es el sistema de mercado el que constituye una amenaza y puede suscitar una regresión totalitaria como en los años treinta.

Un cambio institucional tendiente a una democratización no puede surgir más que por un cuestionamiento de los preceptos fundamentales de la mentalidad de mercado. Pero tal cambio supone la renuncia a la ilusión de una transformación centralizada, gobernada por un poder panóptico. La disputa con los dogmas dominantes debe estar apoyada por prácticas sociales que visibilicen otras lógicas, ciertamente dominadas pero presentes en la realidad. Entonces, en palabras de Marcel Mauss, a los poderes públicos les toca realizarlas. Los órganos de la democracia representativa no pueden generar el cambio, pueden sostenerlo, confortarlo, consolidarlo, legitimarlo.

Los distintos textos presentados en este volumen permiten apreciarlo: el aporte de K. Polanyi a la antropología económica es considerable. Pero en este prólogo quisiéramos subrayar otro aspecto de su obra: su virtud heurística en el enfoque de la dinámica de las sociedades contemporáneas. No se puede limitar a Polanyi, como tampoco a Mauss, al análisis de las sociedades antiguas. Los temas del encastramiento y del pluralismo son los que sintetizan la especificidad de su contribución a los debates actuales y futuros. Para poder apreciarlo cabalmente, se requiere una lectura más simbólica que realista de sus escritos.

Encastramiento: la originalidad de Polanyi

Este concepto, presente en la obra de Polanyi, fue popularizado por Mark Granovetter. Y la dificultad remite precisamente al hecho de que el uso que ha hecho se acompaña de un desplazamiento. La hipótesis que sostenemos es que

la lectura de Polanyi permite enriquecer la reflexión sobre las relaciones entre economía y sociedad, tema central de la sociología económica fundacional, que ha sido algo desplazado por una perspectiva microsociológica, característica de la nueva sociología económica en su versión granovetteriana. Para confrontar las dos acepciones, retomemos primero los famosos argumentos de Granovetter para luego compararlos con los de Polanyi.

La economía ortodoxa, incluso en los desarrollos recientes del neoinstitucionalismo, cuando considera las instituciones existentes bajo el prisma de elecciones realizadas por razones de eficacia, remite al utilitarismo. Según Granovetter, la sociología económica cuestiona con razón este funcionalismo que desestima el análisis detallado de la estructura social, que es central para entender la génesis de las instituciones. Lejos de ser la única solución que se impone para los problemas relativos a la eficiencia, ellas son el fruto de la historia humana y están sometidas a la contingencia histórica. No se puede, por lo tanto, comprender realmente una institución sin estudiar el proceso histórico del que resulta. Distintas trayectorias históricas son posibles en los orígenes de una institución, y esta es el resultado de la cristalización de algunas relaciones personales particulares.

Para Polanyi, se trata de abordar una cuestión más amplia: la tensión entre modernidad democrática y economía. Según él, la economía asimilada al mercado autorregulador induce el proyecto de una sociedad enraizada en el mecanismo de su propia economía. La economía de mercado, cuando no tiene límites, conduce a la sociedad de mercado en la que este se engloba y es suficiente para organizar la sociedad; la búsqueda del interés privado garantiza el bien público obviando la deliberación política. La irrupción de esa utopía de un mercado autorregulador es lo que distingue la modernidad democrática de otras sociedades humanas en las que han existido elementos de mercado sin que se buscara erigirlos en sistemas autónomos. Sería vano, entonces, polemizar sobre la fecha de una fase histórica de sociedad de mercado –punto sobre el cual algunos autores han centrado sus críticas–, ya que poco importa que tal período haya o no existido. El mensaje esencial de Polanyi es otro, radica en la identificación de un doble movimiento que caracteriza la economía en el marco de la modernidad democrática: un primer movimiento expresa la tendencia al desencastamiento por parte de una economía restringida al mercado autorregulador, a lo que responde un segundo movimiento que expresa la tendencia inversa al reencastamiento democrático de la economía.

La reactualización de la utopía de la sociedad de mercado en un contexto de neoliberalismo activa la primera tendencia. La amplitud de la réplica democrática resulta crucial para el devenir de la democracia; en su defecto, sería ineluctable el enfrentamiento entre “Mc World” y “Djihad”, retomando los términos metafóricos de Barber.¹ La globalización del mercado, y su extensión

1 Benjamin Barber, *Djihad versus Mc World. Mondialisme et intégrisme contre la démocratie*, París, Desclée de Brouwer, 1996.

a ámbitos que no incluía anteriormente, tendría como corolario la progresión del integrismo religioso. Si el riesgo es real, y lo confirman hechos dramáticos, es porque la perspectiva de la sociedad de mercado ya se ha revelado incompatible con la democracia durante los siglos XIX y XX. Como lo enseña el estudio histórico, cuando la visión económica del mundo pasa a convertirse en un fin en sí mismo niega a los procesos democráticos el derecho de definir un sentido y un proyecto humano.

Se desprende de esta problematización una clarificación teórica: para Polanyi, la economía comprende el conjunto de las actividades derivadas de la dependencia del hombre en relación con la naturaleza y con sus semejantes. El encastramiento remite a la *inscripción* de la economía, así definida, en reglas sociales, culturales y políticas que rigen ciertas formas de producción y de circulación de bienes y servicios. En las sociedades precapitalistas, los mercados están limitados y la mayoría de los fenómenos económicos están inscritos en normas e instituciones que los preceden y les dan forma. La economía moderna se distingue por una tendencia al desencastramiento. Pero, lo hemos dicho, esta tendencia, que perturba la sociedad, genera una reacción que implica formas de reencastramiento.

El encastramiento, según Granovetter, remite a la inserción de las acciones económicas en redes sociales que es conveniente discernir a partir de las relaciones personales y de sus estructuras. Se trata del *apoyo* en redes sociales que pueden, por ejemplo, explicar la trayectoria de las empresas en su etapa de desarrollo, como es el caso de ciertas elecciones técnicas que remiten a relaciones de confianza entre responsables de empresas y expertos. No obstante, estos recorridos desembocan en una economía mercantil. Granovetter propone entonces explicar algunas trayectorias en el seno de la economía mercantil, lo que difiere del proyecto de Polanyi, centrado en la puesta en evidencia del encastramiento de la economía en la sociedad y de la pluralidad de los principios económicos.

Ahora bien, estas acepciones del encastramiento no necesariamente se oponen entre sí, sino que pueden ser pensadas de manera complementaria. A eso invita Granovetter² cuando minimiza las críticas dirigidas al Polanyi "polémico" y reconoce el aporte del Polanyi "analítico".

Para investigar la economía de mercado, deben integrarse los marcos relacionales e institucionales sin los cuales no podría desplegarse. Siendo determinantes para comprender ciertos mercados, como el mercado del trabajo, las redes relacionales pueden explicar algunas estrategias. Más allá de estas formas de apoyo en contactos interpersonales, la mayoría de los mercados están enmarcados por instituciones que elaboran reglas sociales o ambientales. La imbricación de los mercados y de esas instituciones puede ser reubicada

2 Mark Granovetter, *Le marché autrement*, París, Desclée de Brouwer, 2000, p. 39.

en una tensión histórica entre desregulación y regulación constitutiva de la economía de mercado.

El marco analítico de Polanyi no implica negar que las relaciones mercantiles se apoyan en redes de relaciones. Sin embargo, insiste en el hecho de que el encastramiento remite a los límites que la comunidad de ciudadanos plantea ante la lógica del mercado. Cuando concibe la economía como proceso institucionalizado, muestra hasta qué punto la autonomización de la actividad económica es un proyecto político que se puede confrontar con otras elecciones. Más allá de sus escritos dedicados al encastramiento histórico,³ Polanyi propone la idea de un encastramiento político capaz de explicar en parte las formas que adquieren las actividades que, en una sociedad, son designadas como económicas. En las sociedades contemporáneas, a pesar del proyecto de sociedad de mercado, este encastramiento político no ha desaparecido y puede ser estudiado. Entre otros, se expresa en los derechos sociales y a través de disposiciones legislativas y reglamentarias en cuanto instancias de negociación colectiva. De hecho, varios autores, tales como Sharon Zukin y Paul Di Maggio,⁴ han insistido en este encastramiento político y criticado un desplazamiento de la noción de encastramiento hacia las redes sociales.

Para Polanyi, la autonomía del mercado es una utopía liberal que es regularmente actualizada y contrarrestada mediante la creación de instituciones reguladoras. Los avances desreguladores son respondidos por iniciativas societales que inscriben el funcionamiento de la economía en reglas que atestiguan el respeto del marco democrático. La reflexión de Polanyi se centra en la cuestión de este encastramiento político. En efecto, si se considera que la sociedad de mercado amenaza la democracia, es lógico que se le dé prioridad al estudio de la inscripción de la economía en marcos políticos, sin que por eso se niegue el interés de una comprensión de que las actividades económicas se apoyan en redes sociales. Desde esta perspectiva teórica, la sociología económica puede ser considerada como la perspectiva sociológica aplicada a una economía que no se limita a la economía de mercado y en la cual el mercado no se limita al mercado autorregulador.

Economía y pluralismo

Lo que se plantea, entonces, es la cuestión de las instituciones capaces de garantizar la pluralización de la economía para inscribirla en un marco democrático, algo que la lógica del beneficio material impide cuando se vuelve

3 Philippe Steiner, "Encastrements et sociologie économique", en Isabelle Huault (dir.), *La construction sociale de l'entreprise: autour des travaux de Mark Granovetter*, París, Éditions Management et Société, Colombelles, 2002.

4 Sharon Zukin y Paul Di Maggio (eds.), *Structures of Capital: The Social Organization of the Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

única e ilimitada. Solo se puede buscar la respuesta a este interrogante a partir de invenciones institucionales ancladas en prácticas sociales; estas son las que pueden indicar las vías de una reinscripción de la economía en normas democráticas. La restauración de acuerdos anteriores está destinada al fracaso, y la reflexión sobre la conciliación entre igualdad y libertad –que sigue siendo el punto nodal de la democracia en una sociedad compleja– solo puede progresar si se toman en cuenta las reacciones que emanan de la sociedad. Este es otro punto de encuentro entre Mauss y Polanyi, se trata de apoyarse en prácticas para informar sobre su existencia y analizarlas; en otros términos, de partir del “movimiento económico de abajo” y no de un proyecto de reforma social impuesto “desde arriba”.

Considerar el mercado como el único mecanismo de creación de riquezas y de empleos equivale a naturalizar o a absolutizar el mercado. Polanyi reacciona contra esta concepción. En las economías en las que vivimos, el polo dominante es claramente el de la economía mercantil. Corresponde a la economía en la que la distribución de bienes y servicios está en manos del mercado. El mercado permite un encuentro entre oferta y demanda de bienes y servicios con el fin de realizar intercambios mediante la fijación de los precios. La relación entre oferente y demandante se establece sobre una base contractual a partir de un cálculo de interés que permite una autonomización en relación con otras relaciones sociales no mercantiles. Si la economía mercantil ha cobrado una importancia sin equivalentes en su historia es porque la entrada en la modernidad democrática –que instituye un tipo de relación fundada en la libertad y la igualdad de los individuos– no ha resuelto la cuestión de su regulación. En este contexto, el mercado se presenta como un principio de coordinación que puede contribuir a resolver dicha regulación. Para contener la fuerza destructiva de las pasiones en una colectividad desprovista de cualquier garante exterior o transcendente, el principio del mercado ha sido dotado de una virtud pacificadora debida a la “inocencia y a la dulzura del comercio y del enriquecimiento”.⁵

Existe otro polo tan constitutivo de la modernidad democrática como la economía mercantil; se trata de la economía no mercantil, que corresponde a la economía en la que la distribución de los bienes y servicios depende de la redistribución. La redistribución es el principio según el cual la producción es entregada a una autoridad central cuya responsabilidad es repartirla. Esto supone un procedimiento que defina las reglas de las recaudaciones y de su destino. Así es como se establece una relación permanente entre la autoridad central que impone una obligación y los agentes que están sometidos a ella. La economía mercantil no ha podido realizar la promesa de armonía social que conllevaba. Al contrario, el desarrollo de la cuestión social pone en evi-

5 Albert O. Hirschman, *Les passions et les intérêts*, París, Presses Universitaires de France, 1980, p. 55.

dencia la necesidad de promover instituciones capaces de contrarrestar sus efectos destructivos. A través de la acción pública se moviliza, entonces, un principio económico distinto al mercado, la redistribución, del que surge el Estado social. Este confiere a los ciudadanos derechos individuales mediante los cuales se les otorga un seguro contra los riesgos sociales o una asistencia que constituye un último recurso para los más desfavorecidos. El servicio público se define así por una prestación de bienes o servicios que adquieren una dimensión de redistribución (de los ricos hacia los pobres, de los activos hacia los inactivos) y cuyas reglas son dictadas por una autoridad pública sometida al control democrático.

Sin embargo, la monetización inherente a los polos mercantil y no mercantil no debe hacernos olvidar la persistencia de una polaridad que se resiste a ella y que se expresa en formas de economía no monetaria. En eso radica la dimensión del don y de la reciprocidad que caracteriza la relación establecida entre grupos y personas mediante prestaciones que solo cobran sentido en la voluntad de manifestar y reforzar un vínculo social entre las partes. La reciprocidad constituye un principio de acción económica original fundado en el don como hecho social elemental que exige un contra-don, cuya forma paradójica es la de una obligación a través de la cual el grupo o la persona que ha recibido el don ejercen su libertad. En efecto, el donatario es incitado a devolver, pero esta incitación no es fruto de una obligación exterior, la decisión es suya. El don, por lo tanto, no es sinónimo de altruismo ni de gratuidad, sino una mezcla compleja de desinterés y de interés. Ahora bien, el ciclo de la reciprocidad se opone al intercambio mercantil porque es indisociable de las relaciones humanas que movilizan deseos de reconocimiento y de poder, y se distingue del intercambio redistributivo porque no lo impone una autoridad central. Don y reciprocidad en las sociedades modernas permiten ir más allá del registro instrumental y estratégico para situarse más bien en una perspectiva de mutuo reconocimiento que no reduce al otro a un medio. Las corrientes de una nueva sociología económica abierta, a la que nos adherimos, tienen precisamente como preocupación integrar el don y la reciprocidad en el análisis de las relaciones entre economía y sociedad.

El Movimiento Anti-Utilitarista en las Ciencias Sociales tiene como ambición oponerse a un utilitarismo generalizado que pretende explicar el conjunto de las acciones humanas mediante la búsqueda de un interés individual. Sin caer en el exceso contrario que privilegiaría la gratuidad, MAUSS se esfuerza por pensar "cierto carácter originario de la obligación de dar, recibir y devolver" que no se limita a las sociedades arcaicas, sino que se extiende a las sociedades contemporáneas. Es importante evitar, a la vez, un ocultamiento de la fuerza de la reciprocidad en la socialidad primaria y una mistificación de este principio que podría llevar a defender una hipotética economía del don, alternativa ilusoria al mercado.

Sin embargo, tal como lo estipula el enfoque de la economía solidaria, es posible proceder a un análisis descriptivo y comprehensivo de prácticas que recomponen las relaciones entre lo económico y lo social combinando los registros del interés y de la redistribución con el de la reciprocidad. Las comunidades heredadas, como la familia, la instauración de la comunidad política y el reconocimiento del individuo, indisociables en la democracia moderna, hacen posible una "libertad positiva"⁶ que se expresa en el desarrollo de acciones de reciprocidad y en prácticas cooperativas a partir de compromisos voluntarios. Múltiples formas de asociacionismo dan cuenta de la reivindicación de un poder actuar en la economía demandando una legitimación de la iniciativa independientemente de la posesión de un capital. La capacidad de innovación de las asociaciones dependería entonces de su capacidad autorreflexiva. Dependería también de su capacidad de combinar los diferentes polos económicos, es decir, de movilizar recursos (no monetarios, no mercantiles y mercantiles) en función de lógicas de proyecto y no en función de lógicas exógenas. Esto es lo que pone en evidencia la perspectiva de la economía solidaria cuando subraya que los tres polos económicos no constituyen tres sectores separados, sino que pueden entrelazarse según fórmulas variadas.

A fin de cuentas, el reconocimiento de una economía tripolar no implica ninguna subestimación del rol de la economía de mercado y no establece entre estas economías ninguna falsa simetría. La economía de mercado está ligada al movimiento de emancipación individual y al progreso del nivel de vida; se presenta como una fuerza de atracción por la simplicidad de los modos de regulación que la caracteriza, lo que le ha permitido conquistar un lugar cada vez más preponderante. En cuanto a los otros dos polos, secundarios o suplementarios en la organización social tal como la conocemos, deben ser integrados a la reflexión para analizar la sociedad y sus modos de regulación. Se pueden entonces abordar las relaciones entre economía y sociedad desde una perspectiva de economía plural o, en otros términos, considerando una economía en la que el mercado es un componente, pero no el único. Este pluralismo reúne a múltiples investigadores, en diferentes continentes, que trabajan en pos de una economía política institucional y de una sociología económica que no se limite a una sociología de los mercados. Busca desbrozar otras vías de reflexión distintas a las que emanan de la oposición entre defensores de una inevitable adaptación a la nueva configuración liberal y opositores que denuncian los efectos de dominación engendrados por este orden económico mundial. Rechazando el evolucionismo y articulando posturas críticas y posibilistas, esta corriente se inspira en Polanyi y sostiene su actualidad.

6 Según la expresión de Isahia Berlin, *Éloge de la liberté*, París, Calmann-Lévy, 1969.